

—Oh! esa voz, dijo Diana cayendo de rodillas . . . esa voz es . . .

—Cállate . . . no la volverás á oír! contestó Leonardo.

—Cómo! exclamó Diana.

—Lo he matado.

—Diana inclinó la cabeza, y jamas preguntó por el nombre de esa persona, ni tampoco Leonardo se lo dijo.

FIN.

## MERCEDES.

I.

¡Cuán bella la hizo el cielo! su rostro, de una blancura mate, resplandecía bañada en la refulgente lumbre que se desprendia de la aureola de virginal pureza que la circundaba; sus ojos negros y rasgados robaron su luz al lucero de la mañana, su cabello negro tambien bajaba en elegantes rizos á besar su cuello de alabastro y sus espaldas móvidas y contorneadas; su talle era esbelto; su habla suavísima, que penetraba hasta

el corazón: ¡ella hablaba el idioma de los ángeles!

Diez y seis años tenía ¡pobre Mercedes! la mas bella, la mas inocente entre sus alegres compañeras, y ya la fama de su hermosura habia hecho palpar mas de un corazón; ya la pública voz pregonada que entre las niñas de Alquizar era la que mas gracias y acabadas perfecciones poseía. Alquizar la vió nacer; un cafetal, ancha alfombra de esmeralda, era el nido en que al susurro de las palmas, embriagada con el aroma de los cafetos y azahares, batió por primera vez sus alas aquella blanca tórtola, conjunto feliz de lo bello, de lo santo y de lo amable.

Sus padres bien acomodados, diéronla maestros. Hábil en las labores de su sexo, era tambien apasionada por la música, y á menudo resonaban en la alegre casa de vivienda las celestes armonías de Bellini y Donnizeti. Pero lo que no la dieron sus maestros, lo que solo una madre tierna y diligente hubiera podido desarrollar en aquella tierna planta, eran las dotes sin precio que debia á la bondad del Todopoderoso:

aquella castidad, aquel recogimiento, aquel modo blando y suave que á todos atraía, aquella caridad sin límites que á todos encantaba, ¡cuán bella la hizo el cielo!

Serena se deslizaba su existencia. Idolo de sus padres, encanto de sus amigas, nunca mas gozosa se encontraba su alma que cuando podia enjugar las lágrimas del menesteroso. Nunca una mañana borrascosa en su presente, nunca una nube en el limpio horizonte de su porvenir. Mas de una vez al mirarla en los alegres bailes de Alquizar y Artemisa, gallarda como la palma de nuestros campos, risueña como la luna saliendo tras el negro celaje que medio la oculta, cuando la turba de entusiastas adoradores mendigaba una sola sonrisa de su ídolo, con su vestido blanco y aéreo, y una rosa prendida en su negra y sedosa cabellera, venian á nuestra memoria y aun repetiamos por lo bajo aquellos versos de un nuestro amigo, cuya temprana muerte lamentaríamos, si no creyéramos que goza hoy de otra vida mas tranquila y venturosa:

—“Para saber qué es gozar

Le falta solo sufrir,

Para saber qué es vivir

No le falta mas que amar.”—

Y Mercedes amó tambien!—

Era en Diciembre: los blancos agninaldos cayendo en festones por las cercas y estendiéndose por los campos, parodiaban las nieves de otros climas. Artemisa recordando los no lejanos tiempos de sus glorias, se preparaba á recibir dignamente á los huéspedes que por Navidad le envía la Habana.

El tren de pasajeros del camino de hierro va á llegar al paradero de la *Ceiba de la agua*. En uno de los coches de primera, sentados uno frente del otro, están dos jóvenes como de veintidos á veinticinco años, departiendo amistosamente. Uno trigueño, de bigote negro, de rostro franco y alegre, siempre con la risa en los labios, es Carlos Villamil, hermano de Mercedes; el otro blanco, pelicastaño, de ojos grandes y negros, frente despejada, maneras afables

poro que deja ver en su semblate cierta tinte de melancolía bastante marcada, se llama Ricardo Anzures; son compañeros de Universidad, donde siguiendo sus diferentes inclinaciones, Ricardo estudia para médico, mientras que Carlos cursa ya quinto año de leyes.

—Mira, Ricardo, decia aquel; tú no tienes objeto en tu viaje, vienes al *monte* por pasear, por correr á caballo, por cazar, porque te vean y poder decir despues en la Habana “esta pascua he bailado en Artemisa;” á tí deve sucederte lo que á mí; el campo me fastidia, pero al fin, qué hemos de hacer, ya es una costumbre..... con que no seas bobo, ven conmigo al cafetal; ¡oh! allí estaremos como unos príncipes, se come bien, se pasea, se baila, en fin.....

—Pero Carlos, yo no conozco á tu familia, nunca me han visto, y entrarme así de rondon.

—Já, já, já: si digo que tú eres ..... ¿eres ó no mi amigo? Mira, voy á hacerte en cuatro palabras el retrato de mi familia, esacto, verdadero, como si dijéramos al daguerreotipo: mi padre es un buen señor

viejito, gordito y coloradito, á quien yo amo y respeto mucho, procurando siempre adelantar su hacienda, siempre hablando de café, de caña y de tabaco, siempre declarando guerra á muerte á las vivijaguas, siempre ejerciendo la hospitalidad mas cordial . . . . que se yo, lee la Gaceta y va á misa al pueblo los domingos. Mi madre, ¡oh! mi madre es toda una buena señora, muy atenta; toma rapé en su caja de plata, resa el rosario todas las noches, y mira por las niñas de mis ojos. Mi hermana Mercedes . . . . .

—¡Ah! ¡tienes una hermana?

—Sí, una niña de quince á diez y seis años, inocente como una *tojosa*: no ha visto el mundo mas allá de las *guardarayas* del cafetal. Dicen que es bonita, pero lo que yo sé es que no es coqueta, que no es de esas muchachas de la Habana volubles y artificiosas: es una Atala ó una Virginia. Ya tú ves que no hay motivos para que te niegues á aceptar la hospitalidad que yo, Carlos Villamil, te ofrezco como lejítimo representante de los dueños del cafetal Artemisa.

—Acepto, Carlos, acepto, y espero que me presentarás á tu familia como tu amigo.

—Sí, como mi amigo del alma.

En esto llegaba el tren al paradero: resonaba el pito de la máquina, ladraban los perros, gritaban los muchachos y saltaba los pasajeros al muelle entre maletas, sacos y baules; cinco minutos despues seguia para Guanajay, precedido par la columna de humo que arrojaba la locomotora, mientras nuestros dos amigos, arrellanados en un cómodo quitrin que arrastraban tres soberbias mulas con arreos de plata, seguian el camino de Alquizar; pronto se abrió ante ellos la portada del cafetal, y penetraron á trote largo en la majestuosa guardaraya de palmas reales que conducia á la casa de vivienda.

do habia pasado gran parte de su vida quemándose las pestañas sobre los libros de la ciencia, aspirando el polvo y pisando el lodo de las calles, y escuchando los mil desagradables ruidos de la populosa ciudad, mucho aliciente debian tener aquellos paseos vespertinos por las guardarayas, aquellos almuerzos improvisados bajo la ceiba al pié de la laguna, aquellas cabalgatas al vecino pueblo en que todo respiraba alegría. Ricardo era poeta, y no lo era solo porque hiciese versos (que no todo el que hace versos es poeta), sino por á la vez que dotado de una imaginacion clara y fecunda, de una instruccion estensa y bien guiada, tenia dentro de él esa esquisita sensibilidad, germen riquísimo que constituye lo que nosotros consideramos una verdadera alma de poeta. El canto de las aves, el perfume de las flores, la luz de las estrellas, tenian para él ese idioma lleno de tierna y misteriosa melancolía que no es dado interpretar á los profanos. Jóven, lleno de ilusiones, acariciaba en lo mas íntimo de su corazon la imájen de una mujer, ser fantástico que

II

La familia de D. Márcos Villamil era una *familia modelo*; honrada y laboriosa, vivia tranquila y feliz lejos del bullicio y de la agitacion de la ciudad. Haremos gracia al lector de cómo habia sido recibido Ricardo; bástele saber que mediante los elegios que de él habia hecho Cárlos, al segundo dia ya era considerado como un antiguo amigo de la casa, y todos á porfia se esmeraban en complacerle y festejarle. Y en verdad que allí se pasaba el tiempo muy agradablemente. Para quien como Ricar-

habia embellecido con cuanto de hermoso y santo encontraba en la creacion.

Al ver á Mercedes, á quien suponía una *guajirita graciosa* y nada mas, creyó que la virgen de sus ensueños se revestia de formas humanas, que lo que habia creído hasta entonces puro capricho de su ardiente imaginacion blancos contornos para mas cautivarle aquellos rasgos hechiceros, que habia notado antes en otra mujer. Y así era en verdad: si él habia soñado una niña bella y candorosa, con mas de divino que de humano, Mercedes era aquel castísimo engendro de su alma de poeta.

Algunos dias habian corrido; las pascuas habian pasado ya, y ni Carlos ni su amigo trataban de regresar á la Habana. Verdad es que Carlos se encontraba mejor cazando, matando caballos y echando flores á las muchachas de las fincas vecinas, que las habia muy guapas, que no hojeando á Hei-

necio ó descifrando los oscuros laberintos de los empolvados *infolinm* de las Siete Partidas, mientras Ricardo, dando al olvido la ciencia, dejaba infiltrar en su pecho el veneno mortal de una pasion vehemente, que cada vez se encendia mas y mas. Habia sido compañero de baile de Mercedes en las pasadas fiestas, y si bien ni una palabra de amor se habia deslizado de sus labios al oido de la inocente niña, otra menos inocente hubiera comprendido la impresion que sus gracias habian hecho en el corazon del apasionado mancebo.

Mercedes por su parte no sabia á qué atribuir lo que experimentaba; sentia en su interior un vago deseo, una ansiedad inexplicable. Ya no era la niña de ayer; de risueña tornábase en meditabunda; rehuía las caricias de su madre, que antes con tanto afán solicitaba; temblaba como la hoja seca al oir la voz de aquel hombre, y si procuraba huirle, un encanto secreto la retenia en su presencia. Mas de una vez la sorprendió la aurora despierta, llorosa y pensativa, y si recurria, como para arrojar de sí la imájen seductora de Ricardo, á las

oraciones que de niña le enseñó su madre, al dormirse ¡cuán agradables visiones volaban en torno de su lecho virginal!

—Esta niña está mala, Villamil, decía doña Clara, la madre de Mercedes, á su esposo, una tarde en que paseaban por la *guardaraya* principal Mercedes daba el brazo á Ricardo y se había adelantado con este, trémula y sobrecojida; esta niña está mala, repitió la buena señora, y lo peor es que me destroza el alma una sospecha cruel. Ya no es la que era, se va enflaqueciendo, se vá poniendo pálida como la flor del café cuando no llueve. . . . .

—Eso no es nada, respondió D. Márcos, esa dolencia es consecuencia de la edad. No ves que ya va siendo mujercita; deja, pronto la llevaremos á la Habana á casa de sus primas, y allí se distraerá.

—Ah! Villamil, Mercedes está “mala del pocho.” ¡Ojalá yo me equivoque! y dos lágrimas surcaron sus mejillas, que se apresuró á enjugar furtivamente.

Ay! la niña estaba enamorada, pero también estaba enferma; cierto era que iba pa-

lidiendo, cierto era que se iba adelgazando!

Bajo el clima de Cuba enfermar de *tisis* á los quince años, es morir muy joven; es morir cuando las aves viajeras den su adios al siguiente año á las llanuras heladas del Septentrion, y vengan á buscar entre nosotros los últimos rayos de un sol mas ardiente—morir á los *primeros nortes*, es morir cuando en nuestra eterna primavera los árboles conservan sus ojas verdes, las flores sus perfumes, y el cielo su trasparente azul y sus nubes de púrpura y topacio; entonces, cuando todo sonrie en la naturaleza y cobra nueva vida, llega la muerte en alas del viento helado y hiere despiadada sin respetar juventud, belleza ni virtudes. La ciencia es eficaz en estos casos; tal vez quien en edad madura contrajo la enfermedad, sana ó vive con ella largos años, pero es cruel para los jóvenes, y mas cuando es hereditaria.

Algunos años antes de la época en que pasaban los acontecimientos referidos, dos hermanas de Mercedes, cándidos lirios apenas entreabiertos, habían pasado una en

pos de otra en breve tiempo, del regazo materno al sepulcro. Por eso aquella pobre madre lloraba y escondía las lágrimas por no afligir á su anciano esposo, que vivía en la vida de sus hijos.

La tarde estaba hermosa: el sol trasponía ya las lejanas cumbres, y el último canto de los pájaros que se acojian al verde follaje de los árboles, era su himno de despedida. El airecillo fresco traía los gratos perfumes de los jazmines y azucenas que bordaban las orillas de la *guardaraya*, y de vez en cuando se dejaba oír el gemido lastimero de la *tajosa*. Lejos, muy lejos sonaba la acompasada voz de un guajiro, que al traer la yunta de mansos bueyes para el *batey* entonaba décimas amorosas.

Mercedes, apoyando apenas su brazo en el de Ricardo, sentía un placer inefable. Le miraba á su lado, escuchaba su voz apasionada, que sin necesidad de recurrir á térmi-

nos banales, exprimía un afecto respetuoso y sincero, y se sentía morir de felicidad.

—Nunca, dijo él, había yo experimentado lo que en este momento pasa en mi alma. ¡Yo no sabía cuanto se puede ser venturoso en la tierra!.....

Hubo un momento de silencio en que se pudieron escuchar los latidos del corazón de la niña.

—Mercedes, continuó Ricardo, jamás otra mujer ha escuchado de mis labios palabras de amor, porque hasta ahora ninguna me había hecho sentir cuanto hay de amable en la vida y de santo en la virtud. No se ofenda vd. si la digo que la amo; no se ofenda vd. si ante esa naturaleza rica y espléndida que nos rodea y que pregona el supremo poderío de un Dios Omnipotente, le juro á vd. amarla mientras viva!....

Mercedes, trémula y sonrosada, no contestó, pero tornó sus ojos arrasados en lágrimas á Ricardo; en lágrimas de amor, que fueron para el jóven lo que el rocío de la noche para la tierra árida y seca despues de un ardiente dia de verano.

Se amahan: ¡cuán felices eran!



La noche vino con demasiada presteza para aquellos dos corazones que por primera vez saboreaban en dulce confianza la hora mas grata de la vida.

La voz de doña Clara los interrumpió:

—Vamos niña, dijo, vamos, ya es tarde, y el relente te puede hacer daño.

Volvieron todos para la casa de vivienda: doña Clara y su esposo pensando en conjurar el cruel destino que tronchaba en flor sus vástagos en lo mas risueño de su edad: Mercedes y Ricardo abandonados á la suprema delicia de amarse. La luna se levantaba llena de majestad en el Oriente.

Llegaron á la casa: despues de un corto descanso, Mercedes, instada por su amante, se sentó al piano, buscó entre sus papeles de música, tomó uno y cantó en seguida el espresivo *allegro* de la linda cavatina de Norma.

“Ah! bello, á me ritorna.

“Oh! goija d’ amor primiero”....

Un corto acceso de tos interrumpió su voz suavísima, llevó el pañuelo á los labios, y se asustó al retirarle manchado de sangre!

“Oh! gioja d’ amor primiero.....

Entretanto la pobre Mercedes sentía que el pecho se le destrozaba, pero se dormia soñando con Ricardo.

---

Al alba dejó Ricardo el lecho, gozoso y lleno de esperanzas. Salió al jardín que junto á la casa de vivienda se estendia, y allí saboreó la taza de aromático café, encendió un tabaco y dió libre rienda á sus amorosos pensamientos.

No había que contar con que Cárlos le interrumpiese. Cárlos que hasta las altas horas de la noche estaba de tertulia en una finca vecina, dormia hasta bien entrada la mañana.

Ricardo se contaba por feliz: se habia realizado su mas risueña esperanza, porque aquel llanto de Mercedes le decia mas que cuanto pudieran significarle palabras, juramentos y promesas.

Hijo único de padres ricos que le adoraban y que residían en una de las poblaciones del Departamento Oriental, desde donde él había ido á la Habana á seguir sus estudios, creía estar seguro de que no servirían ellos de obstáculo á su matrimonio con Mercedes, que ya á tan alta empresa se enderezaban las miradas del mancebo. Próximo á concluir sus estudios, y mereciendo el mayor aprecio de parte de don Márcos y de su esposa y siendo el mas tierno amigo de Carlos, no esperaba tampoco que ninguno de estos se opusiera á sus proyectos. Pero por otra parte veía que el tiempo había pasado con demasiada rapidez, y que ya no debía retardar mas su regreso á la Habana, determinó pues, partir al día siguiente. Sabía que Mercedes pasaría una temporada en la ciudad, y se prometía, puesto que como amigo de Carlos visitaba la casa en que éste vivía, y que era la misma donde la familia de don Márcos acostumbraba parar mientras permanecía en la capital, continuar frecuentando el amable trato de Mercedes, hasta que andando el tiempo llegaría el caso de pedirla en matrimonio.

Alhagado con estos pensamientos y recreándose con la idea de volver á ver á su amada, penetró el jóven en la casa donde ya le esperaban para el almuerzo, ocupó su sitio acostumbrado en la mesa, que era frente por frente de Mercedes, y levantó la vista hácia ésta. Sobresaltóse al ver su extrema palidez; un cerco azul oscuro rodeaba sus ojos, haciéndoles aparecer mas grandes de lo que eran en sí y dando mas languidez á sus miradas. Al ver á Ricardo se sonrojó lijamente, contestó su afectuoso saludo, y una sonrisa hechicera entreabrió sus labios descoloridos.

Antes de levantarse de la mesa indicó Ricardo su proyecto de regresar á la Habana, y Carlos á pesar de sus pocos deseos convino en acompañarle. ¡Cruel sentencia se acaba de pronunciar en contra de la pobre niña! De pálida se tornó lívida; las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y tuvo que retirarse á su aposento, donde á rienda suelta las dejó correr.

¡Cuando comenzaba á respirar bajo aquella atmósfera suavísima, cuando su alma vírgen se abría por primera vez al dulce